

económico, la simplicidad espectacular de los Estados Unidos, que creyó percibir ese desdichado de Wells y que yo aturdidamente reproduje. Traducido en frase corriente: los Estados Unidos son el país más rico y donde viven los más ricos. Acaso éste es un error vulgar. Toda manera de libertad individual sin tasa ni frontera redundada a la postre en una especie de tiranía o señorío de los menos sobre los más; un feudalismo. Los siglos medios padecieron un feudalismo, el de la fuerza física, que hoy nos pasma. Pues bien: los *trusts* norteamericanos ¿no son la forma moderna del feudalismo económico? Me complazco en fantasear que, a la vuelta de siglos, los hombres se maravillarán asimismo del feudalismo actual. Tan absurdo parece que un hombre sojuzgue a los otros por fuerza y astucia mayores, enteramente desenfrenadas, como que los sojuzgue por su ilimitada capacidad adquisitiva; tan perturbadora la fuerza física sin coto, como la fuerza económica dueña de su albedrío.

He dicho, en interrogante, que los *trusts* norteamericanos son la forma moderna del feudalismo económico. Hubo épocas históricas en que se pudo hablar de algo con certidumbre. Hoy no. Todo está en entredicho, sujeto a contradicción y mentís. Como no soy amigo de perder el tiempo en discusiones desagradables y ociosas, debo advertir que si bien yo tenía al sistema de *trusts* como prueba admirable de la inventiva económica y el genio de organización norteamericanos, estoy presto a admitir que me equivoqué, y que no constituyen semejante feudalismo ni se originaron y prosperaron en los Estados Unidos.

Desea Mr. Frank «que el presuntuoso (?) lugar común de que Norteamérica es el país del dólar, el país del materialismo, el país de los negocios y nada más, se guarde solícitamente en alcanfor».

Inocente estoy de haber imputado a los Estados Unidos la tacha de materialismo, o de haber sustentado que es el país de los negocios, y nada más. De sobra sé cuántas más realidades del espíritu, elevadas y exquisitas, hay en aquella tierra. Ahora que de esas otras cosas no tenía para qué hablar (alguna he insinuado y apuntado), por no ser congruentes con mi tema<sup>(1)</sup>. Aparte de que mi imaginario viaje no había llegado al cabo todavía.

En cuanto a lo del lugar común

(1) En toda coyuntura adecuada he mentado excelencias de los Estados Unidos. En una ocasión, glorificando palabras de un ilustre escritor hispano acerca de aquel país, escribí: «Como el filósofo griego averiguó por vez primera la altura de las pirámides egipcias midiendo su sombra, así se puede computar la eminencia de los Estados Unidos por sus grandiosos defectos». Añado con San Agustín, que sólo los grandes espíritus son susceptibles de grandes pecados.

presuntuoso, no hay que olvidar quién fué el padre de él. La paternidad legítima le corresponde a un gran escritor norteamericano, Wáshington Irving, que en su libro *The Creole Village* estampa la célebre frase «The Almighty Dollar, that great objet of universal devotion throughout our land», el Omnipotente Dólar, ese objeto de universal devoción a través de todo nuestro país.

Mr. Frank me echa en cara haber tomado como Mentor a un literato tan vano y superficial como Wells, a quien sigo demasiado dócilmente. Esto último es verdad; pero me atrevo a cambiar el adverbio de modo por otro más preciso, fielmente, según es elemental en la recesión de un libro ajeno, que no otra cosa eran mis folletos, de donde tomé pie (como más arriba

he explicado) para ciertos comentarios marginales, mirando a España, que no a los Estados Unidos, y ciertos escolios finales, a que la justa impaciencia de Mr. Frank no le ha consentido aguardar. No quise hablar siempre por propia cuenta, porque quizás entonces mis comentarios fueran escuchados más distraídamente. Erré, acaso, en no haber utilizado para Mentor un escritor norteamericano, el propio Mr. Frank por ejemplo. Y en tal caso, Mr. Frank me hubiera proporcionado idénticos juicios y pareceres que los de Wells, sólo que (lícito es en un nacional, hablando de su nación) expresados en un lenguaje más crudo y acerbo.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

(El Sol, Madrid).

## Experimento pedagógico notable

Recomendamos la lectura de este artículo a los maestros que no entienden todavía los *Asuntos y Proyectos* que piden los Programas de Educación Primaria en vigencia.

LA escuela del tipo ordinario—dice Guillermo H. Kilpatrick, profesor de la Universidad de Columbia—enseña algunas *materias*, como la ortografía, la geografía o la aritmética. En sus aspiraciones pueden incluirse la formación del civismo o del carácter, pero sus fines positivos son los del conocimiento y las habilidades comprendidas en las enseñanzas escolares típicas. Para realizar este designio, la escuela señala lecciones desarrolladas de un modo típico en los libros. Los niños estudian las lecciones y las dan después. El éxito depende técnicamente de la capacidad para contestar a ciertas pruebas y éstas, de algún tiempo a esta parte, se van convirtiendo en pruebas modelo mediante procedimientos científicos».

«El profesor Collings»—continúa G. Kilpatrick—«ha trabajado de acuerdo con un plan muy diferente. Collings no enseña *materias*, en el sentido que comunmente se les da. El fin positivo de su escuela no es el saber convencional o las habilidades, sino el mejoramiento de la vida de sus discípulos. Su punto de partida es, por consiguiente, la vida actual de sus alumnos de ambos sexos, con todos sus intereses y deseos, buenos o malos».

La filosofía pedagógica del profesor Collings puede resumirse así: 1º, a fin de que la escuela desempeñe bien su cometido, los niños deben proponerse lo que hacen; 2º, la enseñanza de verdad nunca está aislada, porque en adi-

ción al asunto que se enseña, hay siempre en simultánea operación muchas enseñanzas concomitantes; 3º, en la escuela tradicional, las actividades escolares se subordinan de un modo intencional a cierta materia escogida de antemano. La escuela de Collings invierte este proceso. Primero se escoge la actividad, se subordinan a ésta la enseñanza y los asuntos; y 4º, el plan de estudios se reduce a una serie de experiencias relacionadas de tal modo que lo aprendido en unas sirve para elevar y enriquecer las experiencias subsiguientes.

La idea del experimento realizado por Collings se debe al buen sentido de un maestro. Siendo aquél alumno del séptimo grado de una escuela rural, llegó, como otros muchos niños, a la conclusión de que la educación era absolutamente inútil, y con esta persuasión abandonó la escuela. El año siguiente las autoridades escolares emplearon, por mero accidente, a un nuevo maestro, conocedor de los intereses de los niños. Dicho maestro comenzó por instalar en la escuelita un laboratorio y un taller y emprendió toda clase de experimentos en agricultura y trabajos de madera y de tejido. Visitando un día la escuelita, el joven Collings observó el nuevo tipo de trabajo escolar y decidió matricularse en ella nuevamente. El resultado fué que Collings y seis de sus condiscípulos entraron en la escuela secundaria el siguiente mes de setiembre, y que algunos de ellos están hoy llevando a cabo un trabajo eficaz como maestros, agricultores, etc.

Esta experiencia de estudiante sugirió a Collings el notable experimento que se describe a continuación: